

El marxismo revolucionario de Jean-Paul Sartre*

Kevin Steven Ríos Ospina*

Resumen

El ensayo que aquí presento aborda algunas de las consideraciones más relevantes de Jean-Paul Sartre relacionadas con el pensamiento marxista. Para el autor francés esta corriente de pensamiento se presenta como una filosofía de la revolución que pretende recuperar los aspectos centrales de la subjetividad vinculada al desarrollo de los seres humanos, esto en contraposición a los esquematismos de diversos tipos que han pretendido agotar la vida en algunos aspectos materialistas incorrectos. De lo que aquí se trata es de señalar que la filosofía de Sartre defiende una postura abierta a las posibilidades humanas en términos de la situación de cada ser en particular. La articulación entre sus motivaciones existencialistas y el marxismo, es el punto de partida para la superación del problema señalado.

Palabras clave: Jean-Paul Sartre, marxismo, existencialismo, dialéctica, revolución.

Jean-Paul Sartre's Revolutionary Marxism

Abstract

The essay I present here addresses some of Jean-Paul Sartre's most relevant considerations related to Marxist thought. For the French author, this current of thought is presented as a philosophy of revolution that aims to recover the central aspects of subjectivity linked to the development of human beings, in contrast to the schematism of various types that have sought to exhaust life in some incorrect materialistic aspects. What we are trying to do here is to point out that Sartre's philosophy defends a position open to human possibilities in terms of the situation of each being. The articulation between his existentialist motivations and Marxism is the starting point for overcoming the problem.

Keywords: Jean-Paul Sartre, Marxism, Existentialism, Dialectics, Revolution.

* Este texto, aquí modificado y ampliado, hace parte del cuarto apartado mi trabajo monográfico de investigación en curso titulado "La influencia de la angustia sartreana en la conformación de la individualidad", el cual es desarrollado en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.

* Universidad de Antioquia

Contacto: ksteven.rios@udea.edu.co

<https://orcid.org/0009-0004-4883-6525>

El marxismo revolucionario de Jean-Paul Sartre

Después de la Segunda Guerra Mundial, Jean-Paul Sartre se suma al pensamiento marxista y al materialismo crítico, asumiendo un compromiso intelectual en contra de la opresión. Su adhesión al marxismo conlleva una crítica profunda y una superación del materialismo dialéctico dogmático que caracteriza al comunismo como régimen de gobierno autoritario (Birchall, 2004). Sartre propone una perspectiva alternativa que fusiona el marxismo con su propia filosofía existencialista, permitiendo así una explicación más precisa de las condiciones en las que se encuentran las tendencias revolucionarias. A diferencia del materialismo y el idealismo, su propuesta pretende dar claridad y explicar las condiciones reales de vida del revolucionario. El existencialismo sería la herramienta que permita investigar y desarrollar el marxismo agotado por la interpretación dogmática de un marxismo empobrecido (González, 2016).

En su propuesta de marxismo existencialista, Sartre busca “profundizar en los hombres concretos en lugar de disolverlos en una totalización” (Steinlen, 2016, p. 99), desmarcándose así de la tendencia del materialismo determinista a ignorar la subjetividad humana y la libertad del individuo en su existencia concreta. La propuesta sartreana representa un enfoque que reconoce la importancia de considerar precisamente la subjetividad y la libertad en el análisis de las condiciones sociales. Al hacerlo, Sartre hace una revisión del materialismo para señalar sus limitaciones, dado que éste no tiene en cuenta la singularidad de la experiencia humana y la capacidad del individuo para tomar decisiones autónomas en el contexto de su propio entorno.

Sartre identifica en el revolucionario una cierta perplejidad frente a su situación de opresión. Este individuo se ve enfrentado a la imposición de elegir entre dos posturas aparentemente opuestas: el materialismo y el idealismo. Sin embargo, ninguna de estas opciones le satisface por completo. Por un lado, el materialismo se presenta como limitado, incapaz de proporcionar una explicación completa y

satisfactoria de la realidad. Por otro lado, el idealismo resulta inaceptable, ya que parece encubrir la verdadera naturaleza de la realidad al convertirse en un mito perpetuado por las clases poseedoras (Sartre, 1960).

Sartre sostiene que no es estrictamente necesario adoptar el materialismo para ser un revolucionario efectivo y llevar a cabo una revolución (Rametta, 2008). Además, rechaza la noción de emplear el materialismo dialéctico, señalando que se encuentra a menudo envuelto en confusiones con respecto a la comprensión de la dialéctica y las ideas de Hegel. Sartre sostiene que las principales nociones del materialismo son controvertidas y extremas. En sus propias palabras,

su primer movimiento [es] negar la existencia de Dios y la finalidad trascendente, el segundo [es] reducir los movimientos del espíritu a los de la materia, y el tercero [es] eliminar la subjetividad reduciendo el mundo, con el hombre dentro de él, a un sistema de objetos enlazados entre sí por relaciones universales (Sartre, 1960, p. 91).

Si bien Sartre es ateo, adopta una postura cautelosa al afirmar estas ideas, reconociendo las importantes implicaciones de negar la existencia de Dios dado que el hecho de negarlo no aparta a los materialistas de la metafísica como pretende hacerlo a toda costa⁵. En relación con este análisis, Sartre llega a la conclusión de que el materialismo adopta una postura metafísica explicativa teñida de positivismo. Así, el materialismo se revela como una perspectiva ambigua que toma elementos de diferentes corrientes filosóficas, empobreciendo aquello a lo que se adhiere, es decir, el positivismo y la metafísica. El materialismo “destruye el positivismo mediante un racionalismo dogmático, destruye ambos mediante la afirmación metafísica de que el hombre es un objeto material, y destruye esta afirmación mediante la negación radical de toda metafísica” (Sartre, 1960, p. 94). El racionalismo

⁵ En los últimos años se han elaborado algunos estudios sobre el ateísmo de Sartre (Catalano, 2021; Kirkpatrick, 2017) desde varios enfoques. Este tema de renovado interés puede ser una buena entrada a su complejo pensamiento.

dogmático, al ser inflexible, obstaculiza al positivismo al restringir la observación y la demostración empírica.

Por otro lado, la reducción del hombre a un mero objeto material suprime la riqueza de la complejidad y subjetividad intrínsecas a la condición humana y trae como consecuencia que el hombre se asimile a una pura realidad objetiva, es decir, como un reflejo de las cosas y los fenómenos del mundo tal cual son, de manera que el hombre se convierte en un mero producto del universo (González, 2016).

Sartre, en su análisis, destaca la incorrecta comprensión de la dialéctica hegeliana por parte de los materialistas. Sostiene que el movimiento dialéctico en Hegel se manifiesta en el ámbito de las ideas, ya que estas son intrínsecamente sintéticas y generan sus opuestos. En la dialéctica, las partes no existen de manera aislada; más bien, se inscriben en un todo, de modo que las ideas que la componen no se agotan, sino que buscan completarse. Estas ideas retornan sobre sí mismas, se contienen en las ideas precedentes, generan síntesis, pero no siguen un avance lineal estilo causa y efecto. Sartre expresa que la dialéctica no se reduce a un simple encuentro entre opuestos que da lugar a nuevas combinaciones, sino que constituye un todo unificado (Sartre, 1960, p. 95).

Aunque Sartre reconoce que la dialéctica es apropiada para entender la materia, señala que la materia es inherentemente inerte y requiere una fuerza externa para transformarse. En este sentido, Sartre destaca que la ciencia aborda la materia desde una perspectiva cuantitativa, lo cual entra en conflicto con la noción de unidad dialéctica. La ciencia, al centrarse en la cantidad y en la suma de elementos, se aparta de la interconexión profunda inherente a la dialéctica. En otras palabras, el materialismo dialéctico se aleja de la dialéctica hegeliana y se desvía hacia una interpretación científica, pero al mismo tiempo, al pretender conciliarla con la dialéctica, termina distorsionando ambas perspectivas. Sartre argumenta que los materialistas oscilan entre la ciencia y la dialéctica, afirmando en abstracto la progresión dialéctica, pero limitándose, en sus estudios concretos, a explicaciones deterministas basadas en el medio social y el momento histórico.

Se entiende entonces que la dialéctica y la ciencia operan de manera fundamentalmente diferente. Sartre (2023), ya exponía en su *Bosquejo para una teoría de las emociones*, la naturaleza descriptiva de la ciencia positivista, ya que se limita a ofrecer una descripción de los hechos, remitiéndose únicamente a ellos. Por otro lado, la dialéctica se distancia de esta perspectiva, ya que los elementos complejos no son reducibles a simples descripciones de los hechos.

La ciencia, según Sartre, se caracteriza por ser productora de cantidad, enfocándose exclusivamente en condiciones cuantitativas y sin abordar la génesis y la cualidad de la materia en cuestión. Este contraste entre dialéctica y ciencia se puede comprender en la diferencia entre nociones y conceptos. Las nociones, según Sartre, son más significativas que los conceptos, ya que estos últimos se integran en las primeras. La dialéctica, por lo tanto, utiliza nociones para dilucidar lo abstracto mediante lo concreto, marcando así el tránsito de los conceptos a las nociones (Sartre, 1960, p. 100).

En este contexto, Sartre enfatiza que la dialéctica no sigue el mismo proceso que la ciencia, ya que va más allá de la mera descripción de hechos y se adentra en la comprensión de la génesis y cualidad de los fenómenos. La dialéctica, al emplear nociones, busca una comprensión más profunda y completa de la realidad, mientras que la ciencia se limita a proporcionar mediciones y descripciones cuantitativas.

De esta manera, los materialistas pretenden emplear la dialéctica como método, pero esta sigue una vía diferente a la ciencia, presentando la misma dicotomía y distanciamiento que el positivismo y la metafísica (Sartre, 1960, p. 100). El materialismo busca explicar fenómenos en términos causales, similar a la ciencia, al ver en ella una aproximación a la comprensión del mundo material. Sin embargo, recurre a la metafísica para explicar unos fenómenos por otros o sustituir lo psíquico por lo biológico. Dado que la ciencia positivista solo proporciona explicaciones causales, el materialismo se aleja nuevamente y se refugia en la dialéctica, que prescinde de la causalidad y adopta una perspectiva totalizante, donde cada etapa

contiene la anterior. Así, conciliar ciencia y dialéctica se vuelve injustificado para los materialistas.

En otras palabras, aquellos materialistas que consideran la dialéctica como su método terminan cayendo en la ciencia, repitiendo el mismo patrón que el positivismo y el idealismo. Caen en aquello que cuestionan. Los materialistas no logran alcanzar la síntesis dialéctica; en cambio, buscan explicar todo en términos causales, proporcionando explicaciones en última instancia metafísicas. Su intento de escapar del idealismo los lleva a refugiarse en la ciencia, que va en dirección opuesta a la dialéctica. Al apelar a la causalidad, entran en un terreno peligroso al reducir el espíritu a la materia y explicar lo psíquico mediante lo físico.

Ahora bien, los materialistas conciben la materia de manera ambigua, lo que les permite flexibilizar su definición según sus conveniencias. Cuando trabajan con la materia en términos cercanos a la ciencia, adoptan una postura objetiva; sin embargo, en este punto son contradictorios, ya que rechazan la subjetividad que, de hecho, confirman. De esta manera, su concepción de la materia resulta errónea, ya que, al presentarla como una doctrina de la objetividad, anulan la subjetividad. El materialismo dialéctico se convierte, según Sartre (1960), en una falacia, ya que va en sentido opuesto a lo que propone. Se desplaza de manera arbitraria entre la ciencia y la dialéctica, concibiendo la materia como una negación de la subjetividad y una legitimación de la objetividad.

De lo anterior se puede derivar, entonces, que el materialismo determina al hombre como un simple producto de fuerzas materiales y sociales, suprimiendo su subjetividad. Al apropiarse de los hechos objetivos también convierte al hombre en un objeto, despojándolo de su conciencia y, por ende, de su trascendencia. Esta perspectiva materialista, como señala Sartre presenta una visión reduccionista que limita al individuo a ser solo un conjunto de circunstancias materiales y sociales, uno de los ejemplos que Sartre propone para explicar este asunto encuentra en Marcel Proust a una figura de primer orden: Según Sartre (1993), “El genio de Proust no es

ni la obra considerada aisladamente ni el poder subjetivo de producirla: es la obra considerada como el conjunto de las manifestaciones de la persona” (p. 16).

Esta crítica de Sartre se centra en la pérdida de la subjetividad humana bajo el materialismo. Al relegar la subjetividad a un segundo plano, el materialismo reduce al ser humano a meros elementos determinados por fuerzas externas, lo cual, según Sartre, va en contra de la condición misma del hombre. Para Sartre, la subjetividad es la fuente del sentido y la trascendencia humanos, aspectos fundamentales que el materialismo, al enfocarse únicamente en las condiciones objetivas, pasa por alto.

Como se puede observar, para Sartre, este materialismo dialéctico no logra satisfacer las aspiraciones del revolucionario, ya que no proporciona una explicación completa de su situación. En lugar de esclarecer, esta perspectiva materialista confunde al revolucionario y se le impone de manera dogmática. Sartre señala la necesidad de una filosofía revolucionaria que tenga como objetivo principal aproximarse a las pretensiones del revolucionario y proporcionar una explicación más adecuada de sus condiciones de vida.

En principio, Sartre sostiene que la auténtica revolución se gesta únicamente cuando se produce un cambio en el sistema de propiedad, siendo revolucionario aquel que tiene como objetivo modificar dicho sistema. En concordancia con esta idea, el revolucionario debe hallarse en una condición social específica, es decir, “está en situación” (Sartre, 1960, p. 114), ya que su intención de transformar el régimen de propiedad lo coloca en la condición de oprimido.

El revolucionario, al no estar conforme con su situación material de vida, busca cambiarla alterando o transformando el régimen de propiedad. Según Sartre, el revolucionario trabaja de manera forzosa para la clase que lo oprime, convirtiéndose así en un trabajador oprimido. De esta manera, el revolucionario aspira a superar su situación actual y para lograrlo se apropia de la dialéctica, niega su condición de vida y busca el progreso, entendiendo que el cambio solo puede ocurrir a través del progreso que se materializa en el futuro. Al ser un trabajador

oprimido, el revolucionario encuentra su relación primordial con el trabajo, ya que es lo único que le pertenece, constituyendo aquello que le es propio de manera forzosa; la exposición de Marx sobre el trabajo enajenado es quizás el documento que más sólido para la explicación de este asunto (Marx, 2010). En este sentido, el trabajo se convierte en la forma en que se relaciona con el mundo y en la vía para alcanzar su liberación.

Como oprimido, el revolucionario persigue la liberación de toda su clase, destacándose como un individuo que no busca beneficios individuales, sino que muestra un compromiso y solidaridad hacia los demás de su clase. De manera, que cuando está frente a sus posibilidades y toma sus elecciones, no solo lo hace por él, sino que elige por toda la humanidad (Sartre, 2009).

Siguiendo las afirmaciones de Sartre, el revolucionario es consciente de la situación y estructura en la que se encuentra. Por lo tanto, se requiere una filosofía que explique su situación, ya que, el materialismo se quedó sin elementos para ello. Esta filosofía debe ser clara y explicar adecuadamente las condiciones de la vida humana, abordando la relación del hombre con el mundo y enfocándose en la acción como transformadora de las condiciones de vida actuales, además de las formas de sus manifestaciones más cotidianas (Heller, 1987; Langman, 1991).

El filósofo revolucionario debe analizar y presentar de manera clara y exhaustiva los principios fundamentales que guían la actitud revolucionaria. Como afirma Sartre (1960), “el esfuerzo del filósofo revolucionario consistirá pues en aislar, en explanar los grandes temas conductores de la actitud revolucionaria” (p. 116), es decir, desentrañar y comprender profundamente estos temas, situándose dentro del movimiento revolucionario para entender sus raíces y motivaciones.

Esta explicación filosófica, no es simplemente teórica; constituye un acto en sí mismo, contribuyendo a la conciencia del militante revolucionario, haciéndolo más consciente de su papel, destino y objetivos en el contexto del movimiento revolucionario. La filosofía revolucionaria, exige una unión intrínseca entre acción,

pensamiento, verdad y realismo, ya que la acción modifica la realidad y, por lo tanto, se debe concebir una filosofía de la acción.

El revolucionario, según Sartre, encarna también un sentido de humanismo al afirmar: “también somos hombres” (Sartre, 1960, p. 120), reconociéndose como igual a su opresor y entendiendo que las relaciones en el mundo se dan entre seres humanos. A pesar de su voluntad de abolir la clase opresora mediante la violencia, el revolucionario muestra su humanismo al buscar minimizar la destrucción para preservar la vida.

De esta manera, para superar las limitación y dificultades del materialismo, una filosofía revolucionaria debe demostrar que el hombre no tiene un propósito preinscrito en el mundo y que su existencia es pura contingencia. Además, debe argumentar que cualquier orden establecido por el hombre puede ser reemplazado por uno nuevo, ya que no hay nada estático ni determinado por naturaleza (Berman, 2013). Esta filosofía también debe evidenciar que el sistema de valores en una sociedad refleja la estructura de esa sociedad y tiende a conservarla. A su vez, debe sostener que estos valores pueden ser superados por otros sistemas que aún no se perciben claramente, porque la sociedad que expresan aún no existe (Sartre, 1960, pp. 123-124). En otras palabras, la filosofía revolucionaria tiene como objetivo explicar las condiciones, formas y maneras en las cuales se produce esta superación de sistemas. Tanto la concepción científica de causa y efecto, que se manifiesta de manera lineal, como la dialéctica materialista, que sitúa la libertad del hombre en las cosas en lugar de en él mismo, y el idealismo, que lo sujeta a valores y derechos dados, no permiten comprender este proceso. Por tanto, la filosofía revolucionaria, debe adoptar una perspectiva de trascendencia (Sartre, 1960, pp. 124-125).

Una filosofía de la trascendencia demanda la libertad del hombre, la cual solo se alcanza a través de la actividad humana libre, siendo esta la única herramienta que el individuo posee como propia y que le otorga autonomía ante su opresor. Aunque en el trabajo el individuo pueda convertirse en un objeto que repite

infinitamente la misma acción, la verdadera liberación se gesta en la negación de la contingencia y el capricho impuestos por el opresor.

El proyecto individual del hombre se centra en la búsqueda de su libertad, una aspiración que choca con las condiciones materiales que lo circunscriben en un proceso dialéctico de la historia (Steinlen, 2016). En este contexto, Sartre propone que el individuo encuentre su liberación a través precisamente de la acción humana libre. A pesar de la presencia del determinismo, el revolucionario, mediante la actividad humana libre, alcanza la emancipación individual. En este contexto, surge la posibilidad de desplegar la subjetividad, ejercer una libertad singular y desafiar el determinismo que las condiciones materiales intentan imponer. Sartre, dentro de la filosofía existencialista, es quien propone una visión que destaca la acción humana como el medio primordial para trascender las limitaciones impuestas y encontrar la libertad genuina.

En síntesis, la libertad del hombre se encuentra en la actividad humana libre, permitiéndole cambiar tanto su situación personal como la del mundo que lo rodea. Aunque el marxismo tradicional critica a Sartre argumentando que, al afirmar la existencia de una libertad intrínseca, el revolucionario podría perder la motivación para luchar al sentirse ya libre, esta perspectiva no considera que Sartre no concibe una naturaleza humana predefinida como al parecer lo hacen los marxistas dogmáticos, por lo que no es necesario liberar al hombre de ninguna. Según Sartre, el revolucionario ya posee su libertad, pero es a través de la acción que la encuentra.

El dilema planteado al revolucionario entre materialismo e idealismo no satisface las inquietudes de Sartre. El filósofo aboga por la necesidad de una filosofía que vaya más allá, que supere ambas concepciones. Esta filosofía se concibe como la del "hombre en general" (Sartre, 1960, p. 140). Aquí, Sartre propone una alternativa radical, proponiendo una filosofía revolucionaria que no se conforme con los paradigmas tradicionales, sino que busque la emancipación a través de la acción y la libertad del hombre para derrocar las estructuras opresivas.

Esta filosofía revolucionaria debe entender el materialismo histórico como un método que analiza la historia a partir de la acción concreta de los individuos y sus proyectos personales. En otras palabras, implica una interpretación histórica desde la subjetividad, siendo la filosofía existencialista la herramienta que permite comprender los procesos históricos desde la perspectiva del hombre concreto (Steinlen, 2016).

En este mismo espíritu, Sartre arribó en 1960 a Brasil con el fin de ofrecer una conferencia en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad Estatal Paulista, en Araraquara. La conferencia se desarrolló partiendo de una pregunta realizada en francés por uno de los asistentes al lugar, siendo traducida de la siguiente manera al español:

Desde 1943 conocemos los términos de su definición del filósofo, y de los vínculos que se establecen en la historia entre éste y su obra – la historia, es decir el límite infranqueable a la vez para lo subjetivo y lo objetivo –. Con todo, en la cuestión del método y más recientemente todavía en la crítica usted renuncia formalmente al nombre de filósofo. ¿Es necesario preguntarse si una declaración de tal naturaleza no implica para usted una nueva idea de la relación entre lo subjetivo y lo objetivo? ¿Y cómo es posible considerarse hoy día un ideólogo y no caer en las dificultades que señala Marx a propósito de toda ideología? ¿En suma, es posible alguna vez superar la filosofía sin realizarla? (Sartre, 1987, p. 9).

Ante ello, Sartre indica que la idea de una filosofía práctica y de la acción cobra toda su importancia en Marx, esta es una filosofía que involucra al filósofo en la acción, pues no solo es él quien da origen a las ideas, sino que también es parte fundamental en su ejecución. Marx, según Sartre, es quien implanta la idea de la filosofía desde la praxis⁶, esto no quiere decir que antes la filosofía no haya estado vinculada a este

⁶ Para una revisión exhaustiva del concepto de filosofía de la praxis, recomiendo revisar el amplio estudio de Adolfo Sánchez Vázquez (2013).

aspecto, sino que era entendida más bien, de forma privilegiada como un ejercicio de producir ideas. El filósofo debe adquirir una actitud de compromiso que se manifiesta a través del conocimiento práctico de su filosofía, por lo tanto, ese compromiso implica responder por sus actos y su pensamiento. Así pues, hablar de lo práctico aquí se refiere a la unión de acción y pensamiento, al igual que de una transformación del hombre, por lo cual la filosofía práctica debe realizarse en el mundo. Esa realización se debe expresar en términos marxistas en el sentido de inicios y rupturas, no a partir de un desarrollo lineal de la filosofía ni mucho menos del ser humano.

La filosofía no es un conjunto de ideas que se desarrolla desde un principio hacia un fin, Marx la entiende como una variedad de ideas diversas que aparecen en determinados momentos y que sirven como un instrumento de comprensión para etapas de la historia. La filosofía es más bien “la totalización del saber, de las reivindicaciones y de la situación de las fuerzas de una época dada” (Sarte, 1987, p. 19). Las filosofías no mueren en el sentido de ser superadas o realizadas por otros sistemas de pensamiento, mueren porque aparecen nuevas ideas que elaboran doctrinas completamente distintas de una situación particular en el mundo. De acuerdo con lo anterior, la filosofía de Marx no podrá ser superada hasta que el capitalismo se supere y los hombres producidos por él también cambien.

Por más que el capitalismo sufra alguna mutación y las condiciones de los obreros sean diferentes, si se mantienen dinámicas como la plusvalía, que, a su vez, produce la explotación del trabajador (Dussel, 2018), es necesaria la filosofía de Marx. De esta manera, aquellas filosofías que no partan de la realidad material de la existencia, que no tengan en cuenta a la filosofía de Marx, son filosofías desactualizadas y ajenas a la comprensión de esta etapa de la historia. La filosofía marxista será superada en algún momento como lo fueron las demás filosofías y será remplazada por una filosofía de la libertad (Sartre, 1987). Dicho de otro modo, cada filosofía se ajusta a la época y contexto en el cual se desarrolla, y en la medida que esa época o contexto se supera, dicha filosofía queda atrás; eso no implica su

inexistencia, y sugiere que ha servido para explicar determinadas condiciones, pero con el cambio de estas condiciones se hace necesario apelar a otra filosofía. En este sentido, debemos seguir comprendiendo el marxismo porque es quien explica el capitalismo de nuestra época.

Una filosofía positiva de la libertad resulta imposible mientras el marxismo tenga vigencia. La libertad es una noción fundamental en el pensamiento de Sartre y él considera que en su época hay una libertad alienada, es decir, bajo una perspectiva marxista, precisamente por las razones que ya se han mencionaron. En dicha libertad alienada, “el hombre es libre para ser alienado [por ello] alienación y libertad no son nada contradictorias” (Sartre, 1987, p. 25). Es decir, para ser un esclavo, por ejemplo, primero se debe ser libre, incluso libre para la alienación, pues solo se puede esclavizar al hombre porque es el único que posee libertad. “Dicho de otro modo, no hay relaciones de cosificación si no hay relaciones humanas, no hay relaciones de alienación si no hay libertad” (Sartre, 1987, p. 25).

Ahora bien, Sartre al igual que Marx cree que la historia se desarrolla en virtud de la lucha de clases, por lo tanto, cada filosofía que aparece no es el producto de un filósofo genial aislado en su despacho, sino que responde a un conjunto de ideas que aparecen en un momento determinado y hacen parte de una clase particular. De acuerdo con esto, la filosofía florece de la necesidad de comprensión de una situación, la filosofía al igual que el hombre siempre está en situación e intenta explicar su época: “Los filósofos son entonces quienes tienen la posibilidad y el honor de ser en un momento dado, la expresión de una sociedad” (Sartre, 1987, p. 27).

Por otro lado, Sartre ve, a partir de la filosofía de Marx, la necesidad de buscar el fundamento de una cierta antropología. Para el francés, la antropología es el estudio del hombre en su totalidad, por tanto, de su relación con la esfera social y sus estructuras. Los sociólogos analizan esta primera forma de la antropología a partir de dichas estructuras, las cuales tienen como característica su durabilidad (Sartre, 1987) y por ello deben buscar los elementos durables para establecer si

existen estructuras fundamentales que estén en la base de ella. También hay una antropología histórica “que consiste en estudiar al hombre en la medida en que las circunstancias lo cambian, y en la medida en que, cambiado por las circunstancias, a su turno él cambia las circunstancias” (Sartre, 1987, p. 35). En Marx interactúan estas dos formas de antropología; la estructural cuando se refiere a las estructuras del capitalismo para dar su definición y la antropología histórica cuando habla del capitalismo como una cuestión producto de la dialéctica y no como un sistema fruto de la nada (Horn, 2013; Renault, 2012; Rockwell, 2018). En este sentido, Sartre ratifica que existen antropologías estructurales e históricas, dado que son la época y la situación quien las amerita y ellas deben desarrollarse de manera conjunta para comprender lo que es la estructura y lo que es la historia.

De esta manera, el sociólogo o etnógrafo no deben tener distancia con el hombre que intentan comprender, por el contrario, deben estar en relación, quien investiga está en situación tal como lo está el hombre a quien investiga. El investigador también está determinado por unas circunstancias que los han llevado hasta dicho estudio, por lo tanto, no puede haber una distancia entre ellos. Si los dos están en situación en virtud de la investigación, los dos se definen mutuamente, hace parte de una totalidad. De acuerdo con la anterior, Sartre entiende que el estudio del hombre es un objetivo complejo, en donde el propio investigador asigna y carga lo investigado con su propia situación particular, allí hay que entender precisamente que el hombre como científico no es contrario al hombre como sujeto y objeto investigado. Comprender diferentes modos de vida debe estar ligado a la acción, no se puede comprender la situación distanciándose del sujeto que en su situación particular toma partido, por lo tanto, “la comprensión y la acción son una sola y la misma cosa, es la universalidad de la acción, si se quiere” (Sartre, 1987, p. 59). Es así como la comprensión del mundo, ineludiblemente está ligada a la acción, en donde, quien investiga, interroga, y por ello no puede ser un actor pasivo, donde su comprensión no esté viciada por su interpretación al margen de la situación.

Dicho esto, Sartre nota que en el marxismo vulgar se elude la cuestión del estudio del hombre. De acuerdo con este tipo de marxismo deficitario, la naturaleza está sometida a la ley de la dialéctica y el hombre es un ser de la naturaleza, por lo tanto, la ley del hombre y de la historia solo son particularizaciones de la de la propia naturaleza y, en consecuencia, el hombre sería totalmente un objeto. Es decir, según esta posición deficitaria, la comprensión del hombre está alejada de la particularidad de cada uno de ellos, pues al ser un producto de la naturaleza todo hombre es igual a otro, siendo una masa homogénea que precisamente ignora que el hombre siempre está en situación.

Según Sartre, para describir y explicar el pensamiento del hombre, el marxismo vulgar apela a la teoría del reflejo, en donde se reduce al hombre a ser mera objetividad. Pero, si la conciencia humana solo es un reflejo de la situación presente, entonces no puede haber una naturaleza dialéctica, es decir, no puede existir una conciencia omnisciente y metafísica que defina el lugar del hombre en la naturaleza a partir del saber dialéctico.

Una forma adecuada para considerar al hombre es la comprensión del otro, del acto y la praxis del otro, en relación con la propia praxis. Dichas praxis están situadas, y abordarían el fundamento de la antropología general y la antropología marxista. De esta manera, la dialéctica presta su utilidad para establecer la relación entre los hombres y permite desprenderse de la idea de la mera subjetividad o de la mera objetividad, que solo tienen lugar en ciertas tendencias de la psicología, para hablar mejor de interioridad y exterioridad, nociones que permiten situar relaciones entre los hombres, en donde, por ejemplo, un gesto de un hombre es interiorizado al mismo tiempo que él lo exterioriza. En esta línea, entonces, la dialéctica permite la comprensión del hombre partiendo de una relación mutua y no de una suerte de oposición excluyente, una mutualidad que es totalizante y que implica una interacción constante entre individuos y grupos sociales.

Referencias

- Berman, M. (2013). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores / Anthropos Editorial.
- Birchall, I. (2004). *Sartre Against Stalinism*. Berghahn Books.
- Catalano, J. (2021). *The Saint and the Atheist: Thomas Aquinas and Jean-Paul Sartre*. University of Chicago Press.
- Dussel, E. (2018). El descubrimiento de la categoría de plusvalor. En Musto, M. (Ed.). *Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después* (pp. 139-151). Fondo de Cultura Económica.
- González, C. (2016). A 59 años de su ruptura con el PCF, Jean-Paul Sartre y el Marxismo. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, 1(6), 77-89.
- Heller, Á. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Península.
- Horn, A. J. (2013). Marx's Historical Dialectic. *Critique. Journal of Socialist Theory*, 41(4), 495-513.
- Kirkpatrick, K. (2017). *Sartre and Theology*. Bloomsbury.
- Langman, L. (1991). Alienation and Everyday Life: Goffman meets Marx at the Shopping Mall. *International Journal of Sociology and Social Policy*, 11(6/7/8), 107-124.
- Marx, K. (2010). *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza Editorial.
- Rametta, G. (2008). Sartre y la interpretación dialéctica de la revolución. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 39, 49-77.
- Sánchez, A. (2013). *Filosofía de la praxis*. Siglo XXI Editores.
- Sartre, J-P. (1960). *La república del silencio. Situaciones III*. Editorial Losada.
- Sartre, J-P. (1987). *La conferencia de Araracuara. Filosofía e ideología del existencialismo*. Editorial Oveja Negra.
- Sartre, J-P. (1993). *El ser y la nada*. Ediciones Altaya.
- Sartre, J-P. (2009). *El existencialismo es un humanismo*. Editorial Edhasa.
- Sartre, J-P. (2023). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Alianza Editorial.
- Steinlen, C. (2016). El materialismo histórico existencial de Sartre: una metodología historiográfica en la crítica de la razón dialéctica. *Intus-Legere: Filosofía*, 10(1), 95-111.
- Renault, E. (2012). ¿Qué hay de dialéctico en El Capital de Marx? En Fischbach, F. (Ed.). *Releer El Capital* (pp. 35-63). Ediciones Akal.
- Rockwell, R. (2018). *Hegel, Marx, and the Necessity and Freedom Dialectic*. Palgrave Macmillan.